

Más allá de María Elena, más allá de lo emblemático

Una mirada a
la experiencia de
surgimiento
y consolidación de los
comedores populares
autogestionarios
en la Lima de 1980

Katherine Sarmiento

Estudiante de Sociología - PUCP

Palabras clave: *Palabras
clave: comedores populares
autogestionarios, década de 1980,
liderazgos femeninos, relaciones de
género, política vecinal.*

RESUMEN *“María Elena no ha muerto, vive con su pueblo”, gritaba la gente en el multitudinario entierro simbólico de la lideresa histórica María Elena Moyano allá por 1992. Fue más que una lideresa, representaba la historia de las mujeres de Villa El Salvador y de los diferentes barrios populares de Lima, en su lucha por sacar adelante sus organizaciones. Aunque estas empezaron con el propósito de asegurar la subsistencia del hogar en tiempos de crisis, terminaron por constituir casi un proyecto de vida para las mujeres que las construyeron.*

En su momento, comedores populares, clubes de madres y vasos de leche llamaron la atención de los científicos sociales por la magnitud que estaba tomando el poder de convocatoria y movilización de estas organizaciones. Han pasado más de 20 años, los tiempos han cambiado, y el recuerdo de lo que fue el movimiento de mujeres populares se va haciendo cada vez más tenue. En muchos casos, se reduce a recordar figuras emblemáticas envueltas en un sentido de nostalgia y admiración.

En los últimos años, escasean las investigaciones sobre lo que representó esta experiencia para sus propias protagonistas y su entorno más cercano. Es por ello que el objetivo del presente artículo es darle una mirada en retrospectiva y esbozar algunos fenómenos asociados al surgimiento y consolidación de los comedores populares autogestionarios en la Lima de los 80 que han quedado sin trabajar a profundidad en la literatura existente. Nos concentraremos específicamente en lo que se refiere al impacto en las relaciones interpersonales de las socias y lideresas tanto al interior del hogar como fuera de él. Para ello, haremos un breve recuento de su proceso de surgimiento y consolidación, presentaremos posibles entradas para aproximarse al fenómeno. Debe quedar claro que, en este artículo, más que respuestas, el autor encontrará preguntas pendientes por resolver.

Introducción

¿Qué es lo primero que se nos viene a la mente cuando hablamos de comedores populares? Quizá lo primero que imaginamos son grandes cocinas y largas mesas de trabajo con señoras repartiendo platos de comida para muchos asistentes. No obstante, esta imagen resulta poco representativa de la forma en que realmente funcionan estas organizaciones y, en gran parte, se debe a la imagen que se ha ido construyendo sobre la base de casos emblemáticos. Algo similar ocurre con sus protagonistas. Durante años, los comedores populares fueron recordados por diversos sucesos de gran difusión mediática, entre ellos, uno que marcó la historia de estas organizaciones: el asesinato de María Elena Moyano.

Nacida un 29 de noviembre de 1958, lideresa histórica, dos veces presidenta de la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador (FEPOMUVES), Teniente Alcaldesa de su distrito, reconocida como la “Madre Coraje”, María Elena Moyano constituye uno de los personajes más recordados por su sólido liderazgo en el movimiento de mujeres de comedores populares de Lima y su particular carisma tanto entre los vecinos del distrito como en la opinión pública en general. Su resistencia a la presión que ejerció Sendero Luminoso contra las organizaciones vecinales de Villa El Salvador, la convirtió en punto de ataque por parte de esta organización subversiva, hasta que finalmente fue asesinada y su cuerpo dinamitado un 15 de febrero de 1992, siendo luego despedida en un simbólico entierro al que acudieron cerca de 300 mil personas.

“Tal como lo retrata Diana Miloslavich (1993), su vida representa un liderazgo que se fue construyendo en el hacer cotidiano de resistir a las exigencias del día a día con tenacidad y valentía”

Podríamos iniciar una exhaustiva descripción de la vida de María Elena y encontrarnos con un personaje emblemático en cada instante. Tal como lo retrata Diana Miloslavich (1993), su vida representa un liderazgo que se fue construyendo en el hacer cotidiano de resistir a las exigencias del día a día con tenacidad y valentía. Así como ella, podríamos mencionar a Esther Moreno, Emma Hilario, Zenaida Zúñiga, entre muchas otras dirigentes. Sin embargo, la historia de María Elena Moyano y de estas lideresas van más allá de ser simples biografías; encierran la historia de miles de mujeres que desde su cotidianeidad y sacándole la vuelta a un rol que históricamente las mantuvo en una posición subordinada, sacaron adelante un proyecto de organización cuyos impactos futuros jamás se hubieran previsto en su surgimiento: el comedor popular.

A finales de la década del 70, surgen, en diversos puntos de Lima, los llamados comedores populares autogestionarios, que constituyen organizaciones para la subsistencia construidas por las propias mujeres de los barrios para responder al problema de la alimentación marcado por el alza de precios y escasez de productos. Los comedores populares surgen y crecen en paralelo con sus predecesores, los clubes de madres; y a partir de 1985, con las organizaciones de Vaso de Leche.

Las mujeres que impulsaron la gestación de estas organizaciones y las que se sumaron en el camino formaron parte de lo que se conoce como “el movimiento de mujeres populares”. Diversas autoras coinciden en señalar que la participación de las mujeres en estas organizaciones no se limi-

“(…) la participación de las mujeres en estas organizaciones no se limitó a la satisfacción inmediata de una necesidad concreta como lo es la alimentación, sino que, yendo más allá, permitió el desencadenamiento de un conjunto de fenómenos asociados en lo que se refiere a una reconfiguración de las relaciones interpersonales en diferentes espacios”

tó a la satisfacción inmediata de una necesidad concreta como lo es la alimentación, sino que, yendo más allá, permitió el desencadenamiento de un conjunto de fenómenos asociados en lo que se refiere a una reconfiguración de las relaciones interpersonales en diferentes espacios: el hogar, la organización vecinal, el partido político, el barrio, etc.

Sin embargo, pese a que estos diversos fenómenos han sido señalados en la literatura existente, no han sido aun abordados a profundidad. Han pasado ya varias décadas y la lectura sobre comedores populares sigue dejándolos de lado. Es por esa razón que este artículo pretende dar una mirada al proceso de surgimiento y consolidación de los comedores populares autogestionarios destacando algunos de estos fenómenos a fin de generar en el lector un interés por investigar estos temas, tomando en cuenta que nos pueden dar luces no solo sobre el caso concreto de la experiencia del movimiento de mujeres populares en Lima, sino también sobre los efectos de la transición de un trabajo dado a lo doméstico o a la reproducción a un trabajo realizado colectivamente. En ese sentido, no realizaremos un análisis exhaustivo de los fenómenos mencionados, pero los señalaremos y plantearemos algunas preguntas que hoy podemos formularnos desde las Ciencias Sociales. Empezaremos haciendo un breve resumen del contexto de surgimiento para luego ir mencionando las principales dimensiones en que podemos observar una reconfiguración de las relaciones interpersonales a partir de la partición en el comedor popular. Nuevamente, el objetivo no es plantear respuestas a cada uno de los temas que nos

aproximemos sino destacar la importancia de generar preguntas que nos permitan acercarnos a esta experiencia desde ángulos poco profundizados.

Contexto de surgimiento de los comedores populares autogestionarios

Entre las grandes transformaciones de la segunda mitad del siglo XX en el Perú, podemos encontrar el cambio en la composición de la población según área de residencia. Así la población en el Perú y en Lima, además de incrementarse de manera sustancial, pasa de ser mayoritariamente rural a ser predominantemente urbana. Este crecimiento poblacional en Lima estuvo a su vez vinculado a fenómenos de desordenada urbanización sobre la base de tomas de terrenos llevadas a cabo principalmente por migrantes rurales en las zonas periféricas de la ciudad. Tal proceso dio pase al surgimiento de, lo que Teresa Tovar (1986) llama, barrios y distritos populares, caracterizados por las precarias condiciones de vida vinculadas a la salud, alimentación, vivienda, etc. Necesidades tan básicas y cotidianas no estaban garantizadas dada la limitada presencia estatal, la carencia de servicios básicos y el contexto económico nada favorable. Según Tovar, para 1986, estos barrios albergaban alrededor de 1000 pueblos jóvenes con 3 millones de personas aproximadamente.

Los retos y la urgencia que enfrentaba el día a día se convirtieron en motores de una fuerte y cada vez mayor participación de las personas en política barrial o vecinal. Es así que en el marco de todo este contexto, se forta-



Fuente: difusión

lece las organizaciones en los distintos barrios de Lima orientados a presionar a las diferentes instancias estatales por mejores condiciones de vida en diversas dimensiones (vivienda, salud, educación, alimentación, etc.). Estas organizaciones populares constituyeron un actor clave en el conjunto de movilizaciones que venían aconteciendo en la ciudad y a pesar de que surgieron a propósito de demandas concretas, su actuar se vio inmerso en un proceso de politización mayor (Tovar, 1986).

Así, la fuerte movilización y agitación de las organizaciones posicionaron a la acción colectiva como el principal mecanismo para obtener respuestas efectivas, de modo que ante las múl-

tiples necesidades por las que pasaban los sectores populares de Lima y la posibilidad de organizarse, la movilización devenía en el medio más eficiente de obtener resultados favorables. De otro lado, este contexto favoreció a que los sectores populares vayan construyendo una capacidad protagónica que no dependiera de alguna propuesta política o vinculación con un partido político en particular (Lora, 1996).

Por otra parte, el hecho de que tengan que organizarse para plantear demandas concretas a las diferentes instancias del Estado, de algún modo va configurando el que gesten un sentido u orientación sobre su ubicación y asentamiento en la ciudad. Es decir, no estamos frente a secto-

res organizados que esporádica y espontáneamente reaccionan ante las diferentes medidas estatales o ante la necesidad, sino que es conjunto de personas que va orientando su actuar hacia consolidar su vida en Lima (Tovar, 1986).

A lo largo de las distintas movilizaciones, las mujeres no están ausentes, aparecen acompañando lo que en primera instancia parece la lucha de sus esposos, parejas o hijos. Ellas se encargan de sostener la alimentación a través de cocinas comunales en tiempos de huelga o de paro. Sin embargo, aunque su papel aparezca como secundario, la movilización constituye una oportunidad para forjar en ellas una conciencia social y política que más adelante capitalizarán en sus propias organizaciones como los comedores populares, clubes de madres u organizaciones de vaso de leche (Lora, 1996).

Para este caso, la organización que concentra nuestro interés es el comedor popular autogestionario. Estos comedores surgen a finales de la década de 1970; crecen y se consolidan a lo largo de la década de 1980. Aparecen inicialmente como organizaciones orientadas a abaratar los costos de alimentación a través de la preparación colectiva de los alimentos para el aseguramiento de la subsistencia. Pasan de procedimientos artesanales e individuales de cocina a procesos mucho más racionalizados y colectivos. A diferencia de las organizaciones como las del Vaso de Leche, los comedores populares autogestionarios no surgen como producto de un programa estatal orientado a suplir alguna necesidad alimentaria de la población, sino como producto

de la propia organización de las mujeres de los barrios. Esto le da un corte mucho más autónomo a los mecanismos que ellas utilizan para diseñar su organización, sus normas y sus sanciones. Es recién a partir de 1994 que los comedores empiezan a recibir alimentos del PRONAA y, con ello, se reconfigura la relación que sostienen con el Estado.

Si bien tuvieron como antecedentes a las ollas comunes que surgían en momentos específicos de huelgas prolongadas o a las cocinas comunales en tiempos de largas jornadas de trabajo colectivo, lo particular de los comedores populares es que superan la coyuntura, no se encuentran limitados a ninguna en particular: se asientan como organizaciones que pretenden sostenerse en el tiempo a fin de asegurar el sostenimiento alimentario de las familias (Sara-Lafosse, 1989).

Reconfiguración de relaciones de género al interior del hogar

Algo que tienen en común los comedores populares entre sí es el estar fundamentalmente constituidos por mujeres. Esto puede asociarse a que históricamente el rol de la reproducción de la familia (alimentación, cuidado de los hijos, limpieza del hogar, etc.) ha recaído sobre la mujer, relegándola consecuentemente al aislamiento doméstico. Sin embargo, el surgimiento de estas organizaciones sociales de base deja relucir un fenómeno particularmente interesante que es el posicionamiento del trabajo reproductivo (referido a la alimentación y a la subsistencia) en el espacio público (Francke, 1990). El hecho de que un trabajo his-



tóricamente dado al aislamiento de lo privado se socialice, se haga colectivo, permite que las mujeres intercambien experiencias, se autoafirmen, además de que les otorga la posibilidad de vincularse de una manera distinta con la realidad nacional (Lora, 1996). No obstante, como ya lo hemos mencionado, esta participación desencadena diversos fenómenos que no se limitan al espacio del comedor popular, sino que reconfiguran las relaciones interpersonales que estas mujeres entablan con los otros en diferentes espacios donde ya se desenvolvían (el hogar) o donde empiezan a tener una mayor participación (organización vecinal, partido político, etc.)

Virginia Guzmán (1990) señala que el empezar a participar de una organización fuera del espacio doméstico amplía el radio de acción de la mujer en su comunidad, enriquece la comunicación con su entorno, eleva los niveles de autoestima de las mujeres a través del desarrollo de habilidades históricamente dadas al mundo masculino (hablar, opinar, proponer, representar) y sobre todo les otorga canales de participación social visibles y valorados (Guzmán, 1990). Además, dado el sistema de turnos de cocina, se genera una liberación del tiempo que las mujeres pueden dedicar a otras actividades. Algunas lo destinan a trabajos extradomésticos (a fin de apoyar a sus esposos/parejas en el sostenimiento económico del hogar), otras a participar en otras organizaciones comunitarias, a asistir a capacitaciones o a realizar actividades diversas (Blondet, 2004).

Al multiplicar las actividades y diversificar los espacios de participación de las mujeres, estas

van adquiriendo experiencias que les permite ver a los otros y verse a sí mismas de una manera distinta. Los otros tampoco las ven de la misma forma. Salta la pregunta entonces sobre ¿cómo es que se reconfigura la posición de la mujer al interior del hogar a partir de su participación en el comedor popular? ¿Qué implicancias tiene en la configuración de los roles de género? ¿Implica una redistribución de las labores domésticas o no? ¿En qué forma? Si bien se han hecho menciones dispersas a que dentro del hogar, a pesar de su participación en el comedor, las mujeres seguían realizando las labores vinculadas al cuidado, limpieza y alimentación, no se ha profundizado aun sobre la forma en que reconfiguran sus relaciones personales con las parejas o los hijos. ¿Cuál es la nueva percepción que se tiene sobre ellas? ¿Cómo es que cambian las estrategias de gestión del tiempo disponible? ¿Hay cambios en las prioridades o proyectos de vida?

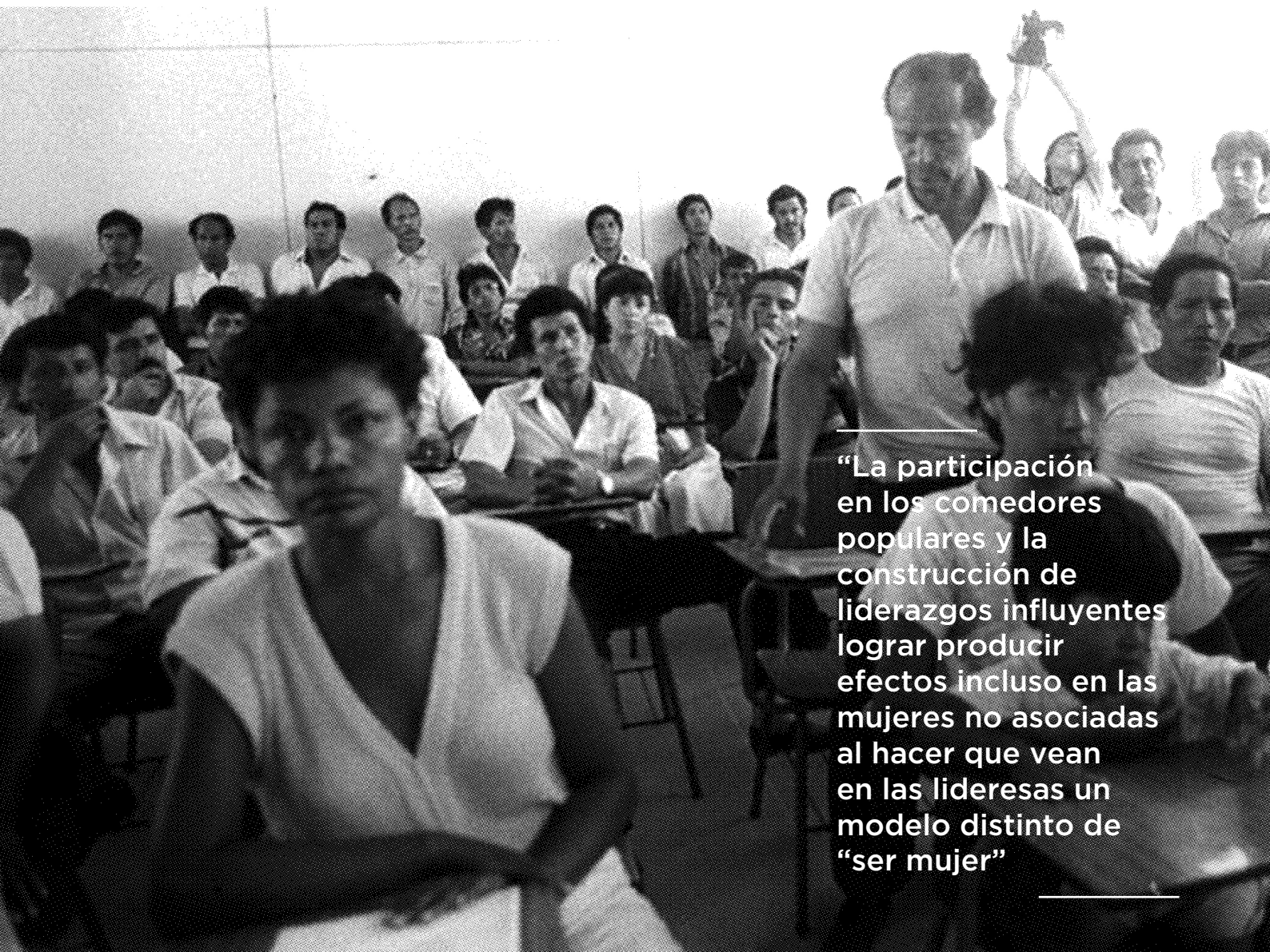
Nuevas formas de participación femenina en espacios de deliberación política: organizaciones vecinales y partidos políticos

Conforme el liderazgo de las mujeres se va acrecentando y consolidando en los comedores populares, empiezan a tener un lugar más visible al interior de organizaciones vecinales que no se restringían a ser propiamente de mujeres, sino que más bien tenían una constitución mixta.

Del lado de las organizaciones vecinales, aunque en la formalidad ellas tenían acceso a los diferentes niveles de la estructura organizacional, las dirigencias

vecinales tenían una composición eminentemente masculina. Conforme pasa el tiempo, las lideresas empiezan a tener un mayor posicionamiento que no se limita al hecho de obtener mayores lugares en las directivas o altos cargos, a los que antes no lograban acceder, sino que además su posicionamiento implica una redefinición de las formas de hacer política barrial. Así, Rosa María Alfaro señala que sus liderazgos, para ser legítimos, no pasan necesariamente por los códigos de lo masculino. Por el contrario, se permite progresivamente la inserción de la problemática femenina en la discusión vecinal y una mayor apertura a la expresividad popular, bastante limitada en los códigos formales de lo masculino en política (Alfaro, 1988).

De igual forma, ocurre con el progresivo acercamiento a los partidos políticos. Conforme va creciendo la capacidad logística y de convocatoria, en gran parte, debido a los procesos de centralización de comedores (Lora, 1996), los partidos políticos (sobre todo de izquierda) ven en las lideresas a buenos cuadros políticos. Muchas de estas a su vez empiezan a tener una militancia más activa. Sin embargo, aquí debe recalarse que este no es un proceso libre de tensiones. Las lideresas se enfrentan permanentemente a la tensión entre participar de la organización social de base y el hacer política partidaria, entre desenvolverse acorde con las demandas de sus bases o según el programa y proyecto político del partido (Córdova, 1992).



“La participación en los comedores populares y la construcción de liderazgos influyentes lograr producir efectos incluso en las mujeres no asociadas al hacer que vean en las lideresas un modelo distinto de “ser mujer”

Fuente: difusión

La pregunta inmediata que surge es ¿cómo así ocurre el salto de la participación en una organización mayoritariamente constituida por mujeres a una organización mixta? ¿Qué limitaciones encuentran? ¿Cómo las afrontan? ¿La experiencia en el liderazgo del comedor facilita el posicionamiento dentro de la organización vecinal y/o partido? ¿Se mantiene en el tiempo? Es decir, con el paso de los años ¿el posicionamiento de las lideresas sigue respondiendo a su experiencia como lideresas de comedor o entran en juego con mayor peso otras variables como la trayectoria política, las capacidades individuales, etc.?

Comedores populares autogestionarios y su relación con otras organizaciones sociales de base

Otro de los ámbitos que ha sido dejado de lado en las investigaciones existentes sobre comedores populares autogestionarios es la particularidad que este tiene frente a otros tipos de comedor popular y, sobre ella, la relación que sus líderes y socias sostienen con las de otras organizaciones sociales de base como los vasos de leche y clubes de madres. Como lo señalamos al inicio, el comedor popular



autogestionario tiene la particularidad de haber sido constituido por la propia iniciativa de las mujeres organizadas frente a la necesidad. Esto les da un carácter más autónomo tanto a nivel de la toma de decisiones como en cuanto a la distribución de los recursos que disponen. Y aunque la participación no es excluyente, es decir, se puede participar tanto del comedor popular como del vaso de leche o club de madres a la vez, las dinámicas que se generan al interior de cada organización no son las mismas.

Por ejemplo, María Emilia Yanaylle (1991) realiza una aproximación a los liderazgos que desarrollan las dirigentes de clubes de madres y encuentra que la construcción de legitimidad no va tanto por el lado de delegar funciones a la líder ni de encontrar en ella a una figura con cualidades extraordinarias sobre la cual confiar la toma de determinadas decisiones sobre la organización, sino que más bien se ve a la dirigente como una líder frente a la cual es preferible mantener una actitud pasiva y evitar explicitar cuestionamientos, a pesar de tenerlos latentes. Cuestionamientos sobre todo en cuanto a los criterios utilizados para la redistribución de los bienes con que cuenta la organización. Habría que analizar qué tanto este fenómeno ocurre (o de qué forma) al interior de los comedores populares autogestionarios, cuyo financiamiento proviene de donaciones, colaboraciones, actividades pro-fondos, pero principalmente del trabajo de las socias.

Su relación con otros actores resulta igualmente diferente. La apuesta por la autogestión de los comedores populares que estamos abordando les permitió te-

ner una relación más horizontal con los partidos políticos o con el mismo Estado. Aunque esto no las libró de intentos de involucrarlas en una relación clientelar, las hizo menos vulnerables permitiendo así que tengan mejores condiciones para negociar con los diferentes actores.

Por tanto, si tenemos organizaciones sociales de base que tienen en común estar conformadas por mujeres de barrios populares, pero presentan dinámicas diferentes y se relacionan con otros actores de manera distinta, ¿hasta qué punto o en qué aspectos podemos equipararlas unas a otras? ¿Qué implicancias tendría? Es común ver en la literatura existente, apelación ya sea al movimiento de mujeres populares o a las mujeres de organizaciones sociales de base y no cabe duda de que, para ciertos fines, dicha categoría resulta útil. Sin embargo, si queremos entender la dinámica al interior de estas organizaciones, se vuelve necesario identificar sus similitudes y diferencias a fin de identificar los puntos de contacto sobre los cuales se entablen sus relaciones.

Percepciones en torno a las mujeres de comedor popular en el barrio

La ruptura con el aislamiento de lo privado que implica la participación en el comedor popular conlleva, a su vez, una mayor visibilidad de las mujeres en el espacio público. Esto, por su parte, se incrementa conforme las mujeres van construyendo sus liderazgos al interior de sus organizaciones o, como ya lo hemos señalado, empiezan a integrarse a otras organizaciones vecinales. Sin embargo, más allá de los es-

pacios organizaciones o de deliberación, estas mujeres construyen una imagen de sí mismas para las otras personas, incluidas aquellas que no pertenecen a ningún espacio organizado.

Así Maritza Villavicencio señala la participación en los comedores populares y la construcción de liderazgos influyentes lograr producir efectos incluso en las mujeres no asociadas al hacer que vean en las lideresas un modelo distinto de “ser mujer” y que definitivamente trastoca la forma en que conciben las relaciones de género tanto al interior como fuera de sus hogares (Villavicencio, 1989). En otras palabras, no se trata únicamente de una mayor visibilidad de rostros concretos de las socias o lideresas, sino que podríamos estar hablando de una redefinición de los modelos de femineidad. Habría que plantearse la pregunta sobre lo que ocurre en el caso de los varones. Si consideramos que la construcción de las masculinidades va de la mano con la construcción de femineidades, entonces ¿la participación de las mujeres en comedores populares, al configurar una nueva forma de “ser mujer” podría conllevar cambios en la manera en que se construye la masculinidad? ¿De qué manera?

Ahora bien, es claro que la mayor participación de las mujeres en espacios que antes no integraban, redefine sus relaciones interpersonales pero ¿Podríamos, entonces, hablar de una reconfiguración de las relaciones de género en el espacio público? ¿De qué forma se expresaría?



Reflexiones finales

Dos décadas han pasado y son mucho más que solo años transcurridos. Implican cambios, tomas de decisiones, consecuencias de esas decisiones y más. Tras haber surgido para enfrentar la crisis, los comedores populares se convirtieron en un proyecto más allá de la coyuntura, resistieron el ataque de Sendero Luminoso a través de la persecución de lideresas y les tocó enfrentar severos cambios a partir de la década del 90.

Los comedores populares definitivamente han cambiado, se han reducido numéricamente, han redefinido sus vínculos con el Estado, con los partidos políticos, con las organizaciones vecinales y nos toca aproximarnos a sus nuevas condiciones. Sin embargo, para acercarnos a ellas resulta sustancial repensar la experiencia de su surgimiento y consolidación a lo largo de la década de 1980. No solo a nivel organizacional, sino también –y fue la pretensión de este artículo –a nivel de los fenómenos asociados a la reconfiguración de las relaciones interpersonales que entablan las socias y lidere-

sas con su entorno social. La literatura más abundante en su momento abordó esta experiencia, en su gran mayoría, de manera descriptiva. Y es lógico que fuera así, sobre todo cuando se trata de un fenómeno sin precedentes equiparables, pues nunca antes una organización para la subsistencia que surge en una coyuntura, logra superarla y trascender en el tiempo de esta manera. Tampoco quiere decir que no existan estudios recientes sobre comedores populares. Está, por ejemplo, la valiosa contribución de Stephanie Rousseau (2009) sobre los aportes de estas organizaciones en la construcción de la ciudadanía de las mujeres. Con todo, la intención de este artículo fue destacar algunos de los fenómenos que, aunque no han estado ausentes, han permanecido sin mayor profundización y que resultan muy importantes de analizar dado lo especial de esta experiencia.

Finalmente, queda recalcar el énfasis en la necesidad de seguir abordando el tema de la participación femenina en come-

dores populares autogestionarios desde las Ciencias Sociales, pues además de lo teóricamente rica que puede resultar esta experiencia, nos encontramos en un momento de la historia donde tenemos acceso a las fuentes primarias, las protagonistas. Condición que no va a estar presente siempre.

A pesar de los cambios a nivel del contexto y de las propias organizaciones, algo queda claro: el impacto que generó esta experiencia en la vida de las mujeres que participaron y de las personas que las rodearon ha perdurado. Parece que lo que la multitud gritaba en el entierro de Maria Elena Moyano sigue teniendo clara vigencia: “Maria Elena no ha muerto, vive con su pueblo”. Ciertamente, vive en la experiencia de los comedores populares autogestionarios, una experiencia que no ha muerto y que sigue teniendo mucho qué decir, incluso más allá de sus figuras emblemáticas. Incluso más allá de María Elena. ●



Bibliografía

Alfaro, R. M.

1988 De la conquista de la ciudad a la apropiación de la palabra : una experiencia de educación popular y comunicativa con mujeres. Lima: Tarea.

Córdova, P.

1992 Mujer y liderazgo : entre la familia y la política. Lima: YUNTA.

Francke, M.

1990 Género, clase y etnia: la trenza de la dominación. En DESCO, Tiempos de ira y amor. Lima: DESCO.

Galer, N.

1985 Mujer y desarrollo. Lima: Flora Tristán.

Galer, N.

1989 Mujer y comedores populares. Lima: SEPADE.

Guzmán, V.

1990 Las organizaciones populares: tres perspectivas de análisis . Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.

Lora, C.

1996 Creciendo en dignidad : movimiento de comedores autogestionarios. Lima: Instituto Bartolomé de las Casas.

Miloslavich, D.

1993 María Elena Moyano: En busca de una esperanza. Lima: Flora Tristán.

Rousseau, S.

2012 Mujeres y ciudadanía : las paradojas del neopopulismo en el Perú de los noventa. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Sara-Lafosse, V.

1984 Comedores comunales: La mujer frente a la crisis. Lima: SUMBI.

Sara-Lafosse, V.

1989 Los comedores y la promoción de la mujer. En N. Galer, & P. Núñez, Mujer y Comedores Populares. Lima: SEPADE.

Tovar, T.

1986 Barrios, ciudad, democracia y política. En DESCO, Movimientos sociales y democracia: La fundación de un nuevo orden. Lima: DESCO.

Villavicencio, M.

1989 Impacto de los comedores en las mujeres. En N. Galer, & P. Núñez, Mujer y comedores populares. Lima: SEPADE.

Yanaylle García, M.

1991 "Mejor callarse"... "¡Y todas se callaron"! Márgenes: Encuentro y debate(7), 221-238.